

# WHAPPS

## Mírame a los ojos

ANDREU MARTÍN



edebé

**periscopio**

**WHAPPS**  
**Mírame a los ojos**



ANDREU MARTÍN

**WHAPPS**  
**Mírame a los ojos**



**edebé**

© Andreu Martín, 2019

© Ed. Cast.: Edebé, 2019

Paseo de San Juan Bosco, 62

08017 Barcelona

www.edebe.com

Atención al cliente: 902 44 44 41

contacta@edebe.net

*Directora de Publicaciones:* Reina Duarte

*Diseño de la colección:* Book & Look

*Fotografía de cubierta:* Pixabay

1.ª edición, septiembre 2019

ISBN 978-84-683-4534-5

Depósito Legal: B. 7973-2019

Impreso en España

Printed in Spain

EGS - Rosario, 2 - Barcelona

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra ([www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com); 91 702 19 70 / 93 272 04 45).

## *1. Poema*

Mírame a los ojos  
antes de que solo sepas ver pantallas.  
Mírame a los ojos  
antes de que los tuyos sean ojos de autómeta,  
lectores láser,  
ojos de zombi sin alma.  
Mírame a los ojos,  
que quiero ver la vida,  
quiero que veas vida,  
que tu vida alimente la mía,  
que mi vida alimente la tuya,  
para continuar siendo personas.  
Mírame a los ojos,  
que te quiero rescatar  
antes de que te veas prisionera de una pantalla,  
esta pequeña pantalla  
por donde ves un mundo de ficción  
sin latidos ni suspiros,  
sin besos y sin gemidos,  
sin dolor y sin placer  
de verdad.  
No te vayas.  
Mírame a los ojos.  
O no me mires nunca más.  
No hay lugar para mí  
en tu universo de bits.

## 2. *Pintadas*

Es de noche en la Gran Urbe. Poca iluminación. Únicamente la imprescindible para emergencias porque no es normal, prudente ni sensato que la gente viva de noche. Y quien lo haga, que se pague la luz necesaria.

Paredes blancas que contrastan con la oscuridad sólida de un cielo sin luna ni estrellas.

Reinan la paz, la tranquilidad, la prudencia y la cordura.

La atmósfera está saturada de la fragancia del ambientador sanitario que contrarresta los efectos de la contaminación y la hace respirable. Los coches eléctricos circulan en silencio absoluto. Todo está aseado, limpio y en orden. La convivencia es perfecta en estas calles céntricas, alejadas de la Tierra de Nadie que es La Frontera y del inmenso Barrio de Abajo que hay más allá, lleno de gritos intempestivos, poblado por gentes de comportamientos caóticos e irreflexivos.

Aquí, impera la razón. Finalmente, después de siglos de ensayos y errores, se ha encontrado la fórmula exacta del bienestar. Todo el mundo tiene aquello que se puede pagar. Nada más y nada menos.

Nos sorprenden tres sombras negras. Como si tres porciones de la oscuridad hubieran cobrado vida para animar las aceras desiertas.

Son tres personas ágiles, vestidas de negro, con ropa ajustada, gorros, gafas Glass con ordenador incorporado y mascarilla higiénica que les oculta la boca. Todo negro. Se mueven de manera furtiva, sobre zapatos que no hacen ningún ruido.

Llevan aerosoles de pinturas de colores y escriben en las paredes blancas.

«La pantalla es una ventana abierta a la Nada».

«Ojos = Vida / Pantallas = Muerte».

«Miraos a los ojos».

El dron de control aparece de repente por encima de sus cabezas. No lo han visto llegar. Es una lucecita intermitente sobre la negrura del cielo.

—¡Cuidado!

—¡Un dron!

—¡Corred!

Dos de las sombras tiran los aerosoles y echan a correr. La tercera se entretiene unos instantes para terminar de firmar los mensajes con las letras CAMM.

En ese mínimo lapso de tiempo, el dron ha comunicado a la patrulla policial más cercana la ubicación exacta de los infractores. Antes, los GC ya habían tenido noticia de movimientos sospechosos en el barrio y se habían movilizado con su habitual eficacia. Ya estaban dentro de los coches, los habían puesto en marcha en dirección a los movimientos sospechosos y ahora solo tienen que acelerar. Son dos vehículos negros dirigidos por satélite, sin distintivos, sin luces ni señales acústicas que puedan alertar a los delincuentes. Dos de las sombras ya han abierto la tapa de una alcantarilla y ya se han escabullido hacia las entrañas de



la tierra. La tercera sombra es interceptada por uno de los silenciosos monstruos de metal, negro en la noche negra, de donde salen las figuras gigantescas y vestidas de negro de los gendarmes de calle, conocidos como Gendarmes C o GC.

El infractor da media vuelta, buscando la fuga en sentido contrario, pero el segundo vehículo ya le cierra el paso. Cae en manos de otro pelotón de Gendarmes C.

Es inútil resistirse.

Dice, con voz temblorosa:

—Está bien, está bien. Me rindo. Habéis ganado.

Uno de los gigantes le arrebató el gorro, las gafas Glass y la mascarilla higiénica.

Es un chico de cautivadores ojos verde esmeralda, de aspecto agradable y risueño, que se esfuerza por mantenerse firme e impertérrito. Casi no se le nota el miedo.

El lector de huellas dactilares establece que su nombre es Nil Obstadt, de la familia Obstadt del centro de la Gran Urbe, que tiene dieciocho años, que el año que viene entrará en la universidad para estudiar Derecho Legislativo y que su presencia ha sido detectada en las últimas cinco manifestaciones convocadas por los llamados Comandos Anti-Manipulación Mental, CAMM, que luchan a favor de la instauración de una Ley de Control de la telefonía móvil.

—Quedas detenido, chico—dice uno de los policías.

### 3. *A Grandes Males*

**P**arapetada detrás de unas gafas oscuras y una gorra, Trix Huanga pretende ser una ciudadana más que mira su teléfono móvil como todo el mundo.

No obstante, apoyada en la esquina de una calle céntrica, no ofrece muy buena imagen. Cualquiera que se fije en ella podría preguntarse qué hace aquí, sin hacer nada. Es horario laboral, y no parece enferma, ni tan rica como para poder vivir sin trabajar. Claro que la gente no se fija en ella, otras preocupaciones tienen. Y, si se fijara, no se iba a meter en asuntos ajenos. Que cada cual haga lo que quiera.

Trix vigila. No pierde de vista la fachada inmensa, faraónica, del Macrobuilding. Entre ella y su objetivo, circula el río de coches habitual con su ritmo monótono; todos los vehículos a la misma velocidad, todos a la misma distancia, alguno que se desvía hacia la acera ocasionalmente para recoger a una persona que espera, el pasajero de un taxi, o para dejar a uno de los ocupantes.

Quando se abren las puertas del Macrobuilding de Triple Uve y vomitan a todos los empleados que hoy han decidido que no harán horas extras, la inspectora Trix Huanga despega el hombro de la esquina y se pone alerta.